

ÁNGEL DE CAMPO, Micrós, *Cartones*. Ilustraciones de Julio Ruelas. Edición facsimilar de la de 1897. Presentación de Miguel Ángel Castro. México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM-Unidad de Publicaciones Educativas de la SEP, 1997, 113 pp.

VICENTE QUIRARTE

Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM

A la invaluable publicación de las crónicas de *La semana alegre*, que el Instituto de Investigaciones Bibliográficas publicó en 1991, Miguel Ángel Castro suma ahora una nueva lectura del pequeño gran libro de Micrós, hermano, en más de un sentido, de los *Cuentos frágiles* de Manuel Gutiérrez Nájera, aparecido en 1883. La importancia de publicar los *Cartones* en forma facsimilar reside en que en las postrimerías de otro siglo podemos manipular un libro que tiene las dimensiones para ser llevado y leído en el tranvía, ese vehículo que sirvió al Duque Job para sus ensoñaciones y que Micrós convirtió en emblema de la ciudad moderna que se asoma a la tierra de nadie, en ese monumento al barrio y sus habitantes que es su novela *La rumba*.

El lujo de esta edición nace de características que no hubieran disgustado a un hombre que, como Ángel de Campo, amaba la sencillez y la sobriedad. Felipe Garrido no esmeró para que los bordes del libro se redondearan y el keratol de la encuadernación fuera lo más cercano posible al original. A la limpieza tipográfica y al peso del papel se une el lujo mayor de las ilustraciones de Julio Ruelas, ese artista que para fortuna nuestra desperdigó su talento en publicaciones periódicas. No se trata de viñetas hechas al desgaire, como suele ocurrir en muchos casos, sino de dibujos especialmente concebidos para los textos. Las ilustraciones de Ruelas constituyen una poética del México finisecular, esa ciudad que desde los barrios, la casa de vecindad, el burdel o el cuarto del poeta daban batalla contra lo que José C. Valadés llama "placer y soberbia" de la sociedad porfirista. Si Constantino Escalante hizo en *La Orquesta* la

saga de los actores de la política de la mitad del siglo XIX, concediendo importancia a la persona, al modo de Daumier y Grandville, Ruelas hace interactuar a sus personajes en sus interiores urbanos. De tal modo, la ciudad privada es un personaje más y sus objetos exigen autonomía: los amplios mantones de las prostitutas, las esteras en el piso, el equipal donde padece Marcos Solana, aparecen dibujados por Ruelas con la misma obsesión con que Micrós los describe en sus textos. Si bien, como establece Miguel Ángel Castro en el estudio introductorio a *La semana alegre*, De Campo pertenece a la categoría de cronistas que heredan la preocupación nacionalista de su maestro Altamirano, Micrós sabía que para librar batalla tenía que utilizar instrumentos distintos a los empleados por sus antecesores, es decir, el propio Altamirano, y más atrás en el tiempo, el infatigable Guillermo Prieto. Como ellos dos Micrós cree en la piedad, en los valores humanos, en la integridad lingüística como una defensa ante nuevas formas de dominación.

Es verdad que el Duque Job condescendía con la vanidad de las señoras elegantes que anhelaban ser mencionadas en las crónicas de Recamier o de Monsieur Can Can. En compensación de semejantes debilidades, Gutiérrez Nájera dedicó la parte más preciada de su talento para hacer la historia de los que no tienen historia, para que la hija del aire, el viejo del tranvía, los niños de la mañanita de San Juan dejaran de ser "qués" para convertirse en "cómos". Micrós supo comprender el diapasón de la que Castro llama *coordinada azul* y exploró las vidas de esos seres urbanos que luchan por sobrevivir. Como en los cuentos de Gutiérrez Nájera, los *pequeños poemas en prosa* de Baudelaire o las *Miserias humanas* de Jesús E. Valenzuela, los *Cartones* de Micrós evaden la clasificación genérica. No siempre se trata de cuentos en el más ortodoxo sentido del término. Romántico muy realista, lo que interesa a Micrós es hallar el filón que, con el arma de la piedad, nos lleve a comprender la historia humana detrás de la nota roja. La muerte, esa señora tan seducida por Ruelas, ronda constantemente a los personajes, y nada escapa a su dominio. Los personajes de estos *Cartones* no son los piratas del boulevard de Heriberto Frías, ni los *dandies* del *Claudio Oronoz* de Rubén M. Campos, ni la galería de animales nocturnos que acompañan a la *Santa* de Gamboa. Para Micrós,

el poeta, el niño, la prostituta, el cura amante del tequila, son naipes individuales de una lotería que es recitada con alegría y drama, con estruendo y en silencio.

A un siglo de la publicación de *Cartones*, ¿qué nos dice Ángel de Campo? A caballo entre el último estertor del romanticismo y la oleada del realismo; entre la crónica nacionalista y el cuadro de costumbres y el juego virtuoso del arte por el arte que cultivaban sus compañeros de *Revista Azul*, los *Cartones* de Micrós renacen por obra de esta hermosa edición, pero también gracias a los diálogos que sus seguidores directos e indirectos han establecido con él. En los retornos de Ruperto Tacuche a su humilde cuarto del hotel El Catre, en una nueva desventura de la Familia Burrón; en las carcajadas serias de Carlos Monsiváis o en las canciones de Chava Flores, el pequeño e intenso corazón de Micrós sigue latiendo. Con su tic-tac nos recuerda la importancia de la rabiosa ternura, la posibilidad de la epifanía en nuestro salvaje transcurrir profano.